

EVEREST 1974

Expedición Tximist

Mis palabras no aspiran a reconstruir unos hechos retrospectivos, ni tan siquiera a pormenorizar en los mil detalles de una expedición, pero quisiera tratar aquellos problemas al margen de nuestra actuación deportiva. La experiencia personal quedará recogida, tal vez en imágenes que llegarán a ese público que tantas veces se preocupó por nosotros: amigos, conocidos de nuestros amigos, montañeros, personas inclinadas a valorar cualquier esfuerzo sin recompensa visible, que buscaron noticias nuestras en los medios informativos, sin poder satisfacer su curiosidad... ¡Quién sabe por qué razón especial! Que vean en las imágenes, nuestro personal empeño, aciertos y fallos deportivos, que lean en mis palabras todas esas vicisitudes marginales que tal vez ya no se dirán.

Los problemas a los que se enfrenta cualquier expedición no son sólo de índole técnica y de cohesión entre sus miembros, hay otros en los que la buena voluntad de los expedicionarios se pone constantemente a prueba.

Escalar el Everest es una de las grandes empresas en las que se ventila no sólo el coraje y la buena preparación de unos hombres, sino también el prestigio deportivo de una nación. Es por esto, además del compromiso humano, por lo que los expedicionarios deben de saber usar de los recursos puestos a su alcance.

La dureza de la montaña, la lucha contra el tiempo, la aclimatación, el espíritu de equipo y el abandono de la gloria personal se agravan con la necesidad imperiosa de utilizar, para la consecución del fin, de otras manos, manos pagadas a sueldo que como tal carecen del total desprendimiento.

La vuelta a casa supone el balance de rigor, y uno comprende irremisiblemente que el espíritu deportivo de poco sirve en tales expediciones, hasta llega a decirse a sí mismo: «Deberías haberte quedado en Pirineos, o... por aquí cerca... en Picos, y hacer montaña a tu manera».

El Everest no fue nuestro único gran obstáculo: sherpas, sirdar, compañías de transporte, medios informativos parecieron darse cita para hacernos, todavía, las cosas más difíciles.

LOS SHERPAS

Sherpa significa «pueblo del Este». Su forma de vida es el comercio, tráfico que salta las cerradas fronteras del Tibet. Su centro comercial, Nanche-Bazar, a la vez capital de la población sherpa, está situada al Sur del glaciar de Khumbu, en la base superior del río Duhkosi. Es una pequeña colectividad, quizá de no más de 3.000 individuos.

La religión del pueblo sherpa es el budismo, de ahí que no sea nada extraordinario topar con un sherpa o porteador-lama.

Habitan entre 3.000 y 4.000 metros de altura. Su forma de vida es transhumante, ascendiendo y descendiendo con frecuencia, lo cual es la base de su buena aclimatación a estos medios hostiles al resto de los individuos.

Se ha preguntado con frecuencia si los sherpas serían capaces de escalar el Everest: —en mi opinión— No. No sólo porque no lo desean, ni tal hecho les diga nada, sino porque carecen de lo fundamental: espíritu de montañero.

El sherpa trabaja por dinero, y es natural que así lo haga, pues él vive en la montaña: la conquista de las cimas nada puede decirle; por esta razón sus actos carecen de poesía y deportividad.

Este pueblo no ama la montaña, ni siquiera comprende por qué hay que escalarlas: es «montañés» porque su medio es la montaña, pero no es «montañero» porque carece de su aliento.

Aunque posea unas facultades físicas apropiadas para desenvolverse en el medio alpino, está falto de técnica, e incluso su espíritu no está preparado para captar el alma de la montaña. Puede husmear el peligro de una forma instintiva, pero no las razones que lo provocan: «—Los peligros están ahí piensa él— sólo los dioses pueden hacer que se vuelvan contra nosotros o dejen de amenazarnos». En consecuencia, consideran el peligro como un enemigo, y no como un obstáculo que podría salvarse con una técnica. (De ahí el arroz bendecido por los lamas que echan a las grietas para que se les permita el paso y sus constantes rezos cuando caminan por zonas de grietas).

Esta visión del peligro es el producto de un natural distraído y anárquico que no se para a pensar profundamente en la naturaleza de la montaña y en las defensas naturales que la misma puede poseer.

Su carácter carece de la autodeterminación necesaria en ciertos momentos, un sherpa necesita ser mandado, pero aquí se produce una contradicción: sólo obedecen a quienes les superan en fuerza, cosa difícil en aquellas alturas donde son los dueños y señores, y así se lo muestran a los expedicionarios.

Sin embargo, si su espíritu montañero, por lo general, no se manifiesta, sí su inclinación natural para el comercio y el tráfico: comercian con su esfuerzo, sabedores de su valía para la buena marcha de la expedición, exigiendo tarifas cada vez más elevadas, pero reafirmando su buena disposición para tales oficios, saben esperar el momento y lugar oportuno.

Rara vez cierran un trato, pues consideran que siempre podrán tener alguna posibilidad de mejorar su cotización gracias a «esos extraños señores ricos venidos de Occidente».

El sherpa tolera la dureza de una expedición porque le permite unas ventajas crematísticas muy superiores a las que le son normales. (Percibe mayor salario en dos meses que un funcionario en Kathmandu a lo largo de un año). A pesar de esto, el sherpa procura puestos que le alejen del peligro de la alta montaña, tales como cocinero, cartero, etc.

Del sherpa servicial y presto siempre para cualquier cosa, hoy sólo quedan algunos casos aislados, que se manifiestan, sobre todo, cuando el individuo está separado de su grupo: de ahí que en los campamentos de altura, compuestos por 3 ó 4 sherpas, las relaciones humanas sean de

auténtica camaradería. Semejante hecho podría radicar en un proceso, en el que el sherpa cambiara su fuerza física por el esfuerzo moral del expedicionario.

Muchos de estos sherpas se ganan hoy la vida en Kathmandu, o bien en Dajeeling en la India, situado al Este de la cordillera del Himalaya, a no muchas jornadas de su valle natal, como el caso del famoso Tensing, que en 1953 escalaba por primera vez el Everest con el neozelandés Hillary.

Pero a este pueblo, como a otros muchos, le ha llegado su momento de decadencia. Su simpatía y alegría van dejando paso a las ruinas de un pasado mítico. Aún posee algunas virtudes por las que puede resultar atractivo, e incluso sorprendernos en algún momento: se emborrachan, ríen, hacen el amor porque les gusta y su religión no se lo prohíbe; pero debiera reflexionar sobre su propia esencia, porque tales virtudes se están destruyendo a causa de un creciente materialismo.

LAKHPA-TENSING

Lakhpa-Tensing era el sirdar de nuestra expedición y a pesar de que las cosas marcharon bien, con él a nuestro favor todo hubiera ido mejor.

Tal cargo es una institución entre los sherpas, una especie de aristócrata en aquella región, es conocido y a todos conoce: serio, simpático, persuasivo, posee unas buenas cualidades de mando que le hacen el individuo idóneo para conducir a su gente.

Es el encargado de contratar para las expediciones a los sherpas, quienes le obedecen porque les defiende y respeta. Su función, no nos cabe la menor duda, entraña una enorme dificultad: servir de intermediario entre dos intereses opuestos, por un lado el de los expedicionarios: doblar la montaña; por otro el de su pueblo: sacarle el mayor partido posible.

Lakhpa-Tensing no supo cumplir bien su cometido, enfrentándonos a unas situaciones que hubieran podido hacer peligrar la buena marcha de nuestra expedición. Rara vez se comprometió, a caballo siempre entre unos y otros, ni siquiera en los momentos más cruciales, quitándose responsabilidad cuando le convenía.

Poco a poco se nos fueron planteando problemas que nuestro sirdar no hizo nada por solucionar:

El fue el encargado de comprar la comida de los sherpas, sin embargo de la cantidad total adquirida no utilizaron más que una parte, ya que el resto se fue almacenando en sus casas, situadas una gran parte en la ruta hacia el Everest, camino de caravanas y trequins, donde los viajeros se abastecen muy a menudo de nuestros propios alimentos.

El descontento crecía gradualmente a medida que observábamos la postura de nuestro sirdar y el mal comportamiento de los sherpas: rompían las tiendas (4 en Periche concretamente), su abandono por el material era manifiesto, sin embargo ante aquellas catástrofes, Lakhpa se mantenía impasible.

En Tiangboche, contando con la aprobación del sirdar, les fue entregado a los sherpas el equipo de montaña, idéntico al nuestro y de una garantía que está al margen de cualquier tipo de dudas; sin embargo apenas finalizada la escalada de la Cascada de Hielo y colocado el primer

campamento, nos vimos sorprendidos por una extraña petición: los sherpas exigían dos sacos de dormir, por lo que debíamos entregar otro a cada uno de ellos. Intentamos razonar, explicándoles cómo un saco doble les sería suficiente, recordándoles su aprobación al iniciarse el reparto del material, sin embargo todo fue inútil: o aceptábamos su petición o cesaban sus servicios. La discusión tomó un cariz desagradable y ante un posible retraso de la expedición, debimos entregar 300 rupias a cada sherpa en calidad de alquiler por los sacos que trajeron de casa, para luego no utilizarlos. A lo largo de la expedición pudimos comprobar cómo no usaban más que una parte del equipo de montaña, guardando el resto para poder venderlo más tarde. Tanto Lakhpa-Tensing como el oficial de enlace en este enfrentamiento sirvieron de meros traductores, sin que mediara por su parte el menor deseo de llevar el problema a una solución.

Sin embargo no sólo no cumplió su cometido como representante de los sherpas sino que defraudó en lo que a su función personal correspondía: se negó rotundamente a moverse del campo base, alegando una extraña prohibición impuesta por su madre y esposa, que en ningún momento puso con anterioridad en nuestro conocimiento: finalmente nos vimos obligados a aceptar su negativa (hecho insólito en las restantes expediciones) por temor a que tras su jefe pudieran abandonarnos los sherpas. Su trabajo a partir de este momento fue bien sencillo: dirigir a sus hombres por radio teléfono, tranquilamente, con sólo moverse unos pasos de su tienda.

¿Era éste el hombre que habíamos invitado a venir a España y que tantas cosas nos había prometido? Se le consideraba el mejor sirdar para el Everest. De no ser tan «idóneo»... ¿En qué hubiera derivado nuestra expedición?

Pero... ¿Había motivo para quejarse? De los 4.000 metros de cuerda «perdidos» al finalizar el descenso se nos devolvieron 30 aproximadamente, y esto sí que es realmente insólito.

Pero este pueblo amable y sonriente, al final mantuvo un clima de cordialidad: fuimos obsequiados, y aceptamos gustosos, con unos vasos de «chang» y nos impusieron la «kata blanca de la suerte» como prueba de despedida y buen entendimiento.

ANGEL LANDA